

CAPÍTULO SEGUNDO

**LA SITUACIÓN DE SEGURIDAD EN IRÁN
Y LA INFLUENCIA DE LAS GRANDES POTENCIAS:
ESTADOS UNIDOS, RUSIA Y CHINA**

LA SITUACIÓN DE SEGURIDAD EN IRÁN Y LA INFLUENCIA DE LAS GRANDES POTENCIAS: ESTADOS UNIDOS, RUSIA Y CHINA

Introducción

En enero de 2006, el Gobierno iraní decidió reiniciar los trabajos para el enriquecimiento de uranio. A partir de ese momento se ha generado una crisis internacional de imprevisibles consecuencias tanto en términos de seguridad como en el de las relaciones internacionales. Dejando al margen el papel jugado –más voluntarista que otra cosa- por la Unión Europea, los principales actores que se mueven en este escenario tienen intereses muy diferentes.

Para Estados Unidos, el intento de realineamiento del equilibrio de poder en Oriente Medio por parte de Irán representa en la actualidad la mayor amenaza para sus intereses. Y no sólo por el apoyo material que Irán viene dando a grupos como Hezbolá, Hamás y la Yihad Islámica.

Ante esta situación, ha reaccionado de forma particularmente agresiva. La inclusión de Irán en “el eje del mal”, sus confesados intentos de promover un cambio de régimen en Teherán y la posibilidad de una intervención militar selectiva son factores que no dejan margen de negociación. Las posibles sanciones por parte del Consejo de Seguridad tampoco parecen ser la solución y es evidente que la sensación de “asfixia” que Irán sufre al verse rodeado por regímenes pronorteamericanos y bases militares estadounidenses son factores que guían los esfuerzos iraníes para conseguir el arma nuclear, que pueda servir de argumento disuasorio ante Estados Unidos.

Rusia tiene la voluntad de intervenir activamente en la resolución política de la crisis, pues esto serviría a sus intereses estratégicos (el que sus vecinos no dispongan de armamento nuclear), geopolíticos (áreas de influencia rusa en la región) y económicos (planta nuclear de Bushehr, sectores del gas y del petróleo, industria militar, etc.). Para ello, Moscú apuesta por mantener la discusión dentro de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA), desactivando el papel del Consejo de Seguridad, cuya intervención está sin duda radicalizando la postura de Teherán,

actuando además como “amigable componedor”, intentando por una parte frenar la incontinencia verbal y creciente beligerancia del presidente Ahmedineyad y por otra dejando entender que se opondría a una intervención militar o incluso a la imposición de sanciones económicas, sobre todo si cuenta con el apoyo de Pekín.

China es el tercer gran actor en esta crisis, que le afecta como comprador e inversor de primer orden en el sector energético que desarrolla Teherán y como miembro permanente del Consejo de Seguridad. La postura conciliatoria china, envuelta en pragmatismo, esconde una clara inquietud por el futuro de los importantes intereses invertidos en Irán como parte de una estrategia geopolítica de largo alcance.

Para China, la existencia de un Irán con poder nuclear de uso civil es algo asumido y la eventual posibilidad de un arma atómica algo con lo que podría convivir, confiando en el nuevo realismo de los Estados que tienen poder nuclear pero que jamás lo han utilizado militarmente.

Estados Unidos e Irán, de aliados estratégicos a una enemistad profunda

Antecedentes

Estados Unidos nunca entendió, en el diseño estratégico que había realizado para la región, que los valores democráticos occidentales nunca prendieron en una sociedad musulmana –si exceptuamos Turquía, que tampoco es una democracia completamente occidental en el sentido europeo y norteamericano- y que la sociedad iraní iba a reaccionar con un rechazo tan radical a las políticas emprendidas por el sha. Aparte de estas consideraciones políticas, no debemos olvidar que el régimen iraní empleó la violencia y la fuerza para llevar a cabo sus reformas, utilizando las arbitrariedades judiciales, la tortura, el asesinato político y otras formas de coacción para imponerse en una sociedad reacia a los cambios.

La elevación de los precios de los productos petrolíferos significó quintuplicar el Producto Interior Bruto (PIB) iraní en los años 1972-1977 y permitió al sha, en pleno optimismo, continuar con su proceso de modernización. Una idea desbocada pero también megalómana que pretendía convertir a Irán en quinta potencia mundial en tan sólo un cuarto de siglo. Así se explica que Irán encargara centrales nucleares o que viviera de forma creciente de las importaciones de productos extranjeros.

Mientras tanto, la sociedad sufría una profunda conmoción; la riqueza derivada del petróleo se repartió muy mal y, sobre todo, se demostró efímera puesto que la inflación, provocada por la gigantesca inyección de capitales, acabó por deglutirla. La mayoría social iraní seguía ajena a las reformas llevadas a cabo por el sha y los sectores religiosos continuaban criticando los cambios, que los consideraban ajenos a sus usos sociales y a la identidad nacional persa.

Los iraníes, tal como se pudo contemplar a través de la primera revolución mediática retransmitida a todo el mundo con todo lujo de detalles a través de nuestros televisores, se echaron a la calle masivamente y el régimen se mostró incapaz de entender nada, contestando con las armas de siempre: la brutalidad y la fuerza. Estados Unidos lejos de apartarse de la deriva sanguinaria del monarca, al que criticaron tímidamente y en el último momento, siguieron apoyando al sha y no buscaron algún tipo de acuerdo con la oposición democrática que comenzaba a salir de las “catacumbas”.

Jomeini llegó a Irán el 31 de enero de 1979 y 11 días más tarde el régimen se derrumbaba. El 11 de febrero de ese mismo año se promulga la República Islámica de Irán, que se caracterizaría por la intervención de los jerarcas chiíes en la vida política del país a través del principio de *velayet-e-faqih* (rol de la jurisprudencia islámica). La dialéctica y el discurso de los nuevos líderes se caracterizaron desde sus orígenes por un tono radical y exaltado, claramente antioccidental y antinorteamericano. Israel, para los nuevos líderes iraníes, era la “entidad sionista” a “destruir” y “borrar del mapa”, una retórica que serviría para movilizar a los iraníes y que sería y será utilizada por el régimen durante toda su existencia.

El 1 de noviembre de 1979 el nuevo líder de Irán, el ayatola Rujola Jomeini lanzó a su pueblo a manifestarse contra intereses de Estados Unidos e Israel. El 4 de noviembre la Embajada estadounidense fue rodeada por un grupo de alrededor de 500 estudiantes iraníes (aunque los números varían entre 300 y 2.000) que se dieron a conocer como los discípulos del Imam. Los 90 moradores de la Embajada fueron secuestrados y los 52 americanos fueron hechos prisioneros.

Los revolucionarios exigieron que el sha fuera devuelto a su país para ser sometido a juicio. En la actualidad, se considera que la toma de los rehenes no es debida

tanto a un acontecimiento específico como a un acto de demostración que el nuevo Gobierno iraní era capaz de oponerse Estados Unidos. A partir de la toma de la Embajada, Jomeini comenzó a denominar a Estados Unidos como el “Gran Satán” y el enemigo número uno del pueblo iraní.

En el año 1980, la muerte del sha (el 27 de julio) y la invasión de Irán por parte de Irak en septiembre hicieron a Irán más propenso a la resolución de la crisis de los rehenes. Finalmente, los rehenes fueron liberados nada más llegar Reagan a la Presidencia de Estados Unidos y tras más de 444 días de cautiverio en Irán. Sin embargo, la crisis entre Estados Unidos e Irán lejos de aminorarse pasaba tan sólo una página más y las relaciones entre ambos países siguen desarrollándose en un ambiente de tensión y una escalada dialéctica de impredecibles resultados.

En términos estratégicos, la crisis de Irán con su vecino iraquí (1980-1989) constituyó un nuevo capítulo en el largo desencuentro con Estados Unidos, ya que Washington junto con Francia apoyaron abiertamente y con ingentes cantidades de material militar al régimen de Sadam Hussein contra los iraníes, siendo los dos más importantes proveedores de Irak en el conflicto. Irán nunca olvidaría esta guerra, que aportaría nuevos mártires al fanatizado régimen iraní y le aportaría una legitimidad y una cohesión de la que no gozó en sus primeros años. La paradoja de la política exterior norteamericana en la región es que siempre consigue los resultados opuestos de lo que realmente desea obtener. A mayor presión sobre Teherán, mayor fortaleza del régimen de los ayatolas. Y mayor debilidad, por ende, también de la oposición democrática iraní, vista como una aliada de Washington y los occidentales, es decir, unos “traidores” en la jerga del régimen.

La presidencia de Akbar Hashemi Rafsanjani (1989-1997) defraudó notablemente las expectativas internas y externas depositadas en el nuevo mandatario tras la desaparición de Jomeini. El largo mandato, de ocho años, no significó grandes cambios ni produjo reformas espectaculares en el régimen. Su Presidencia estuvo caracterizada por un conservadurismo en las formas y en la retórica, importantes avances en la reconstrucción del país tras la guerra y una cierta apertura hacia el exterior, pero sobre todo hacia los países árabes, que habían apoyado activamente a Sadam Hussein en la guerra contra Irán, Rusia, China y la misma Unión Europea, cuyos Estados miembros no ocultaban sus deseos de hacer negocios con el

superpoblado Irán. Sin embargo, en materia de derechos humanos y libertades fundamentales no se apreciaron cambios significativos, pues el país siguió estando en el punto de mira de Amnistía Internacional y otras organizaciones.

Fruto de esta inercia y el escaso deseo de cambio, un importante sector social iraní que había nacido y crecido después de la revolución islámica comenzó a mostrar señales de cansancio y deseos de abandonar el inmovilismo, sobre todo en las aulas universitarias y en los sectores universitarios mejor formados. Esta sensación de vacío, de ausencia de libertades y de expectativas, provocaría a finales de los años noventa la llegada al poder de un candidato presidencial reformista, Mohammad Khatami, quien estuvo en el poder entre 1997 y el 2005.

La Presidencia de Khatami, de quien se esperaban las ansiadas reformas y los grandes cambios, provocó tensiones y un cierto debilitamiento de un régimen que no respondía a las expectativas de sus ciudadanos. A partir del año 1999, y sobre todo tras dos años de una política interna carente de contenidos y ansias renovadoras, se suceden las protestas en el país y los estudiantes universitarios se lanzan a la calle contra el régimen, solicitando mejoras y demandando cambios y reformas políticas.

Las protestas se reproducirían hasta el año 2003, donde alcanzaron su máxima virulencia y, por primera vez en mucho tiempo, se detecta el nerviosismo de un régimen que se mostraba incapaz de reformarse a sí mismo y oír las demandas de una población joven cansada ante la falta de expectativas profesionales y sociales.

La brutal represión ejercida contra los manifestantes ponía punto y final a la tenue “primavera iraní” y significaba de hecho el fracaso del experimento reformista de Khatami. Instalado en posiciones numantinas, convirtiendo a Estados Unidos, Israel y Europa en sus principales enemigos retóricos, con sus “corrompidos” e “inaceptables” valores, como los derechos humanos, el liderazgo islamista se cerró ante toda posibilidad de reforma y sentó los límites para cualquier cambio futuro. No hubo grandes sorpresas, la frustración del país se materializó en el regreso a los planteamientos más radicales de la revolución islámica, en el fácil recurso del integrista más fundamentalista.

En el plano exterior la llegada de Ahmadinejad no significó grandes cambios, sino más bien la continuación de la línea fundacional del régimen legada por el ayatola

Jomeini y la consolidación del tono antioccidental, antiisraelí y antiamericano del discurso oficial de Irán. Nada nuevo, desde luego, bajo el sol, sino la legitimación a través de un discurso movilizador “anti” que no ofrece respuestas a los nuevos retos y desafíos que tiene el régimen; el nacionalismo se convierte así en la principal fuente de movilización frente a los llamados a la reforma y al cambio de los sectores menos inmovilistas, cada día más aislados y debilitados políticamente.

Situación actual

La falta de previsión de la actual Administración norteamericana y su escaso ímpetu en impulsar un proceso de paz para la región, que ha provocado la actual escalada en los enfrentamientos entre palestinos e israelíes y la difícil situación en el Líbano, ha colocado a todo Oriente Medio en su peor momento desde el año 1991, en que comenzó la Conferencia de Madrid. A este escaso deseo por encontrar soluciones políticas a los problemas de la zona, se le viene a unir la desastrosa y desafortunada intervención norteamericana en Irak, coronada con todo un rosario de fracasos políticos y una guerra civil que nadie se atreve al día de hoy a denominar como tal.

En este contexto de absoluta inacción y ausencia de una estrategia política para Oriente Medio, Irán ha ganado terreno y se ha convertido en un importante actor político que opera en todo Oriente Medio, desde Irak hasta el Líbano, pasando por los territorios poblados por los palestinos y los Estados del Golfo. Además, los grupos terroristas Hizbolá y Hamás se han convertido en dos actores manejados por Irán y Siria, que no desdeñan en sus acciones el terrorismo y la permanente provocación al Estado hebreo, visto como una prolongación más del poder norteamericano en la región. Son parte de la estrategia desestabilizadora iraní para Oriente Medio, un proyecto político con el que Irán pretende convertirse –si no lo es ya- en un actor regional de peso y con capacidad de influencia en el diseño final para la zona.

Por último, el denominado “proyecto nuclear iraní”, que ha cosechado la condena unánime de la Unión Europea y Estados Unidos, vuelve a mostrar a las claras la determinación iraní de jugar un rol importante y activo en Oriente Medio, así como su capacidad por desarrollar un proyecto tecnológico de amplio calado al margen de las grandes potencias. En cualquier caso, a corto plazo no parece que vaya a implicar

grandes problemas, pues Irán quizá todavía esté lejos de desarrollar completamente el programa. Sin embargo, el problema sigue presente en las agendas de nuestras cancillerías y nadie oculta, dado el viraje radical de la actual Administración iraní, su preocupación ante la escalada retórica y política, de impredecibles consecuencias, emprendida por Ahmadineyad.

La gran duda reside en saber si Estados Unidos, y en la misma medida Israel, podrán permitirse a la larga el mantenimiento de dichos planes nucleares o, por el contrario, si no estaremos abocados en el futuro a una dinámica de confrontación entre ambos polos que volverá a traer más inestabilidad e inseguridad, si cabe, a esta abatida zona del mundo. La enemistad, por no decir rivalidad estratégica, entre Teherán y Washington es tan profunda que la posibilidad de un conflicto no debe ser una hipótesis a descartar, sino un escenario a tener en cuenta y analizar en profundidad. No obstante, pese a todo, el reciente giro político operado en Estados Unidos, que pone en entredicho su política exterior y la presencia militar de este país en Irak, puede llevar a cambios inesperados y a enfoques distintos acerca de los grandes contenciosos que amenazan a la paz y a la seguridad regional.

Rusia e Irán: de la “luna de miel” al recelo y la distancia

Antecedentes

Irán ha representado para Rusia no solamente un vecino con el que comparte problemas y comunidades, sino también un atractivo aliado y un lucrativo mercado. Un país ideal para sacar beneficios económicos a través de venta de armas y tecnología y un “socio” apropiado para ampliar sus ambiciones geopolíticas y contrapesar el poder de Estados Unidos. El régimen de Teherán se ha convertido, especialmente desde la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en una parte crucial de la estrategia rusa hacia lo que denomina Euroasia (extranjero cercano), su esfera de influencia natural. No ha sido hasta muy recientemente, quizá en los últimos diez o doce meses, que las autoridades de Moscú han comenzado a percibir a Teherán como un posible (pero real) problema – quizá incluso un rival geoestratégico-, lo que ha provocado un cierto distanciamiento.

La Revolución de 1979, seguida diez meses después por la invasión soviética de Afganistán, no facilitó un acercamiento entre ambas naciones. No fue hasta la

década de los años noventa, después de la muerte del ayatola Jomeini, un declarado anticomunista (quizá lo único en lo que coincidía con los sucesivos inquilinos de la Casa Blanca), el final de la guerra entre Irán e Irak, la retirada soviética de Afganistán en 1988-1989 y, por último, el colapso de la propia URSS, que las relaciones ruso-iraníes entraron en una nueva etapa. Conscientes de sus limitaciones, impuestas en gran parte por el embargo estadounidense, los líderes iraníes reconocieron que carecían de capacidad para enfrentarse a la hegemonía rusa y que, sin embargo, podían sacar más provecho de una actitud conciliadora y cooperativa.

El verdadero punto de inflexión en las relaciones entre Rusia e Irán se produjo en el año 1986 cuando los líderes iraníes optaron por abandonar cualquier tendencia al aislacionismo e inician una política exterior basada en un enfoque pragmático de las relaciones internacionales. Irán decidió ese año mejorar definitivamente sus relaciones con el “Satán menos malo” firmando un amplio protocolo económico con Moscú. El acuerdo estratégico satisfacía plenamente las ambiciones políticas de ambos: de los nostálgicos rusos que querían recuperar el estatus de super potencia de Rusia y de los ambiciosos ayatolás iraníes que soñaban con una incipiente potencia regional.

Ante el miedo de ataques aéreos o con misiles de Estados Unidos o Israel contra instalaciones claves, Teherán puso especial hincapié en tres programas: misiles balísticos, armas químicas y biológicas, y un programa nuclear con posibles fines militares. Moscú ayudó a los iraníes en los tres.

Los líderes rusos han mantenido desde el principio su derecho a asistir a Teherán en el programa nuclear siempre y cuando se trate de un proyecto civil bajo supervisión internacional y que cumpla las normas de la AIEA y lo estipulado en el Tratado de No Proliferación Nuclear (NTP) del que es firmante. La concreción de esta cooperación se produjo en 1995 con la firma de un sonado, muy criticado y ambicioso acuerdo de ayuda atómica durante diez años. En mayo de 1995, el presidente Yeltsin reconoce que el acuerdo firmado contenía tanto tecnología nuclear de uso civil como militar. Sin embargo, se mostró dispuesto a separar ambas cosas.

Poco después, el Gobierno ruso reconoció que el proyecto estaba en “suspense” ante la falta de financiación y de la conclusión de algunos aspectos de los acuerdos comerciales con el Organización Internacional de la Energía Atómica (OIEA). A pesar de ello, en octubre de 1997, entre 200 y 300 técnicos rusos se encontraban en Irán completando la evaluación técnica de la situación de Bushehr, aunque ninguna parte del reactor había sido enviada.

El único problema existente seguía siendo el rechazo iraní a las propuestas rusas sobre el retorno del combustible utilizado y la negativa de Moscú a vender plantas de enriquecimiento de uranio, ante la presión de Washington que hacía de este asunto un tema capital. En junio de 2003, el Gobierno ruso –más preocupado por no perder el contrato nuclear que otra cosa– ofreció de nuevo garantizar las entregas de combustible nuclear independientemente de que Irán firmara el “Protocolo Adicional”, una de las demandas de la OIEA, pero condicionándolo a que Teherán se comprometiera a devolver los residuos a territorio ruso. Esta condición impuesta por Moscú produjo que los clérigos iraníes, en vez de olvidarse del proyecto, buscaran otro aliado. Lo encontraron en China, ávido de recursos energético para mantener su fuerte crecimiento económico y con pretensiones también de colocarse en un lugar privilegiado dentro del prestigioso club de los países nucleares (⁴). El distanciamiento se hizo ya patente.

Las cifras demuestran claramente que Moscú tiene mucho que perder en el caso de que se impongan sanciones contra el régimen de Teherán. Al contrario que otras naciones que dependen del petróleo y gas iraníes, Rusia mantiene un balance comercial claramente favorable y, por tanto, cualquier sanción contra este país acarrearía importantes pérdidas económicas. Según los datos oficiales rusos, el comercio bilateral había ido creciendo desde la firma del acuerdo de cooperación nuclear del año 1995. El crecimiento de sus exportaciones a Irán ha sido

⁴ Un ejemplo de esta nueva relación chino-iraní es la inversión de 20 millones de dólares aprobada en 2005 a la empresa china Zhuhai Zhenrong – la más importante realizada por un país extranjero desde 1999 – para el desarrollo de la industria de gas licuado. Perkovich, George and Manzano, Silvia, “Iran gets the bomb – then what?”, en *Getting Ready for a nuclear-ready Iran*, Octubre 1995, The Strategic Studies Institute, consultado el 07/10/06 en <http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil> Pág.183. China es actualmente el segundo importador de petróleo iraní (242 millones de barriles diarios, 6,7 % del total) por detrás solo de Japón (531 millones de barriles diarios, 9,9%) y delante de Italia (188, 8,8), Corea del Sur (155, 5,4%), y Francia (76, 3,3 %).

exponencial con un incremento del más del 700% (de 249 millones de dólares a 1.927 millones) entre los años 1995 y 2005, año en el que representaron cerca del 1% del total de las ventas rusas al exterior.

A pesar de estas consideraciones económicas y con el tema iraní en la agenda del Consejo de Seguridad, Moscú lanzó en el 2005 una iniciativa diplomática destinada a superar el punto muerto en que se encontraba en asunto y evitar, al mismo tiempo, sanciones o una posible acción militar. La propuesta rusa proponía superar el escollo del enriquecimiento de uranio con la creación de una empresa conjunta con los iraníes para este propósito. Teherán no estaba dispuesto a conformarse con nada que no fuera el total control del ciclo atómico por lo que su respuesta fue por la vía de los hechos consumados. El 11 de abril de 2006, confirmó haber logrado enriquecer uranio con éxito lo que le introducía directamente en el prestigioso y reducido club de los países nucleares ⁽⁵⁾.

Situación actual

El decidido y entusiasta respaldo de Rusia a los programas de rearme y desarrollo nuclear iraníes durante la década de los años noventa han pasado poco a poco a mitigarse ante el creciente recelo de las altas esferas del Kremlin que han iniciado una maniobra para colocarse cuidadosamente entre Teherán y Occidente (Washington y la Unión Europea), sin abandonar claramente el lado iraní pero dejando al descubierto unas relaciones cada vez más complicadas y borrascosas.

La dubitativa posición rusa de los últimos meses – al negarse a sancionar abiertamente a Irán pero denunciando su actitud beligerante - parece evidente que tendrá que terminar muy pronto. Los responsables del Gobierno ruso son conscientes de que deben oponerse a un Irán nuclear no sólo por el interés general sino por sus propios intereses nacionales. Un país islámico revolucionario con el arma atómica en sus manos representa una importante amenaza para Moscú a diversos niveles. Desde el colapso total de régimen de no proliferación que

⁵ Para más detalles sobre la propuesta rusa se puede consultar Sakov, Nikolai, "The prospects of russian mediation of the Iranian nuclear crisis", February 17, 2006, en <http://cns.miis.edu/pubs/week/060217.htm>.

desencadenaría una nueva carrera armamentista sin control en Oriente Medio ⁽⁶⁾ y Asia Central, hasta una brusca caída de su influencia política entre países de la región que podrían reconocer a Irán como el único “contrapeso” a la “dañina e impía” influencia estadounidense y un modelo a imitar a medio plazo ⁽⁷⁾.

Por otra parte, es evidente que el Kremlin no desea que Irán se convierta en potencia nuclear porque ello añadiría mayor inestabilidad a la región, y alimentaría los mismos deseos atómicos de sus vecinos caucásicos. La firme oposición a un Irán nuclear también reportaría beneficios políticos a Moscú frente a Estados Unidos y la Unión Europea, que al igual que él –especialmente en el caso del Viejo Continente– buscan estabilidad y no nuevos focos de tensión. Con esta perspectiva como panorama y aunque frustrado, el presidente Putin parece no tener otro camino que abandonar definitivamente su respaldo incondicional a Irán, si los ayatolás mantienen sus aspiraciones nucleares en desafío a la comunidad internacional, y tomar partido definitivamente por la postura defendida por Occidente. Algunos quieren creer que Moscú ya ha tomado esta decisión pero es consciente de que debe escenificarla adecuadamente para evitar las iras de su población islámica y de muchos países árabes que no pueden criticar a Irán en este aspecto mientras Israel tenga la bomba atómica y siga oprimiendo a los palestinos ⁽⁸⁾.

A finales del año 2006 se producirá otro momento crucial en esta larga historia, al tener que considerar el Kremlin si pone en marcha el reactor de Bushehr que, en teoría, estará finalizado en diciembre. Moscú cuenta con poco tiempo para decidir si sigue adelante con esta operación, que requiere no solo el consenso y aprobación del Gobierno de la República Islámica sino la supervisión de los técnicos de la OIEA y el envío de combustible atómico –otra operación muy sensible para Washington.

⁶ Desde el año 2000, Rusia ha iniciado negociaciones sobre cooperación nuclear con destino civil con Siria y Egipto aunque en ambos casos las conversaciones no hayan prosperado mucho. Bowen Wyn y Kidd, Joanna, “The nuclear capabilities and ambitions of Iran’s neighbours” en *Getting Ready for a nuclear-ready Iran*, Octubre 1995, The Strategic Studies Institute, consultado el 07/10/06 en <http://www.strategicstudiesinstitute.army.mil>. Pág.34 y 62. En marzo de 2004, Irán y Siria firmaron también un acuerdo de cooperación militar y defensiva cuyos detalles son desconocidos.

⁷ Para más información puede consultarse también Freedman, Robert, “Putin and the Nuclear Weapons Issue”, *Problems of Post-Communism* 53, Nº2 (March/April 2006), Pág. 39-48.

⁸ Arkov, Alexei, “Russia and the Iran nuclear crisis”, May 23, 2006, consultado el 08/11/06 en <http://carnegieendowment.org/npp/publications/index.cfm?fa=view&id=18364>.

Rusia, más que cualquier otro país, conoce las intenciones reales de Irán porque sus técnicos nucleares han trabajado con los científicos iraníes durante muchos años. Para ellos, no es un enigma que la intención de Teherán es obtener la bomba atómica lo antes posible y a cualquier precio. El único camino que permitiría a Moscú salir victorioso en esta encrucijada pasa necesariamente por algún gesto significativo de Irán que en este momento tendría que ser algo más que declaraciones públicas. Irán es perfectamente consciente del cambio de actitud de su antiguo aliado incondicional y, por eso, intenta mantener sus declaraciones y posiciones públicas lo más ambiguas posibles, el mayor tiempo. Mientras Putin no reconozca abiertamente la naturaleza militar del programa iraní, será complicado que se avance en el camino de las sanciones en el Consejo de Seguridad. Cualquier opción enfrentará al Kremlin con los sinsabores de las responsabilidades que conlleva aspirar a ser una superpotencia nuclear y la mala conciencia de haber alimentado un “monstruo” que al hacerse mayor personifica todos los riesgos y amenazas que se querían combatir al criarlo.

República Popular de China: la gran beneficiada

Antecedentes

Las relaciones diplomáticas entre China e Irán tardaron cierto tiempo en desarrollarse después del establecimiento de la República Islámica de Irán en marzo de 1979. China acababa de iniciar la guerra con Vietnam y su principal preocupación era la progresiva expansión de la influencia soviética en el sudeste asiático.

Jomeini tenía fuertes recelos frente a países que, como China, habían mantenido intensas relaciones con el sha. Sin embargo, forzada por la preocupación sobre la influencia soviética, fue China quien se esforzó en reestablecer las buenas relaciones con Irán.

El inicio de la guerra irano-iraquí en septiembre de 1980 permitió a China posicionarse como uno de los principales socios internacionales de Irán. Para China, la mejora en las relaciones chino-iraníes incluyendo la venta de armas, servía a intereses estratégicos, políticos y económicos. Si bien el liderazgo iraní había sufrido un vuelco radical, el interés objetivo de China en unas estrechas relaciones con Irán continuaba siendo el mismo. Es más, como consecuencia de la invasión soviética de

Afganistán, aumentó el interés de China por fortalecer sus vínculos con Irán. A lo largo de las décadas de los ochenta las relaciones diplomáticas se intensificaron y en el año previo al alto el fuego de 1988, actuó como intermediario para resolver las diferencias entre ambos.

El fin de las hostilidades no ralentizó el desarrollo de las relaciones chino-iraníes. La exportación de armas de China a Irán se mantuvo y se amplió más allá del armamento convencional hasta incluir la cooperación en misiles balísticos, misiles crucero avanzados y, posiblemente, apoyo en armas nucleares, químicas y biológicas.

Sin embargo, los sorprendentes e inesperados cambios del panorama internacional a comienzos de los años noventa modificaron en gran medida el interés para China de las relaciones con Irán. El comercio de armas disminuyó, pero China ha continuado proporcionando a Irán tecnología y armamento sensible. Esta aportación incluye tanto transferencias de tecnología como elementos de doble uso y apoyo científico que resultan difíciles de controlar. Este comercio puede contribuir significativamente a que Irán desarrolle una capacidad autónoma para producir y desplegar tanto armamento convencional como armas de destrucción masiva.

Entre el año 2001 y el 2003 China ha supuesto casi el 50% del aumento del consumo mundial de petróleo y el 60% del incremento de las importaciones mundiales de crudo en 2003; durante el último decenio China ha duplicado su consumo de petróleo mientras que su producción interna ha crecido apenas un 20%.

La capacidad generadora de energía nuclear en China es en la actualidad de 8.700 megavatios, sólo el 2% por ciento del consumo anual, y se obtiene mediante nueve reactores nucleares operativos. A finales de este año entrará en producción el mayor reactor nuclear del país, la planta Tianwan, en la provincia de Jiangsu, y la capacidad nuclear de China alcanzará los 9.100 megavatios.

La estrategia energética nacional de China ha apostado fuertemente por la consecución para el año 2020 de una capacidad de generación de alrededor de 40.000 megavatios, o lo que es lo mismo, el 4% del total de la producción nacional, lo que obligará a construir cada año al menos un reactor nuclear con una capacidad de 1.800 megavatios.

La colaboración en proyectos de investigación nuclear se inició probablemente a mediados de los años ochenta. En el año 1985 China e Irán firmaron un acuerdo sobre reactores e instalaciones de reactores que China no reconoció oficialmente. Se cree que la cooperación en esta primera época incluyó el complejo nuclear de Ispahán, que comenzó a operar en 1984 aunque no fue declarada como instalación nuclear hasta 1992, tras una inspección del OIEA.

En el año 1985 la República Popular China pudo haber suministrado dos reactores de prueba para esa instalación (un reactor miniatura de neutrones de 27 kilovatios y un reactor de agua pesada). Adicionalmente unos 15 ingenieros nucleares de la central de Ispahán fueron entrenados en China entre 1988 y 1992.

En el año 1991 se divulgó que China e Irán habían alcanzado un acuerdo dentro del cual China vendería un reactor de investigación (20-30 megavatios) para ser instalado en Ispahán. Según el Ministerio de Defensa de Estados Unidos este reactor podría ser utilizado dentro de un programa de armamento nuclear.

Tras años de negar la existencia de cualquier forma de colaboración nuclear con Irán, en noviembre de 1991, el ministro de Asuntos Exteriores admitió la firma de contratos entre empresas chinas e iraníes para el suministro de los reactores y de un calutrón, si bien insistiendo en la finalidad exclusivamente pacífica del uso previsto y en la disponibilidad a ser puestas bajo control de la AEIA.

La inspección de la AIEA en el año 1992 corroboró la información china y este organismo no consideró que el proyectado reactor de 20 megavatios pudiera producir cantidades significativas de material nuclear para uso militar. La desconfianza estadounidense y la consiguiente presión de Washington sobre Pekín llevó al Gobierno chino a cancelar en octubre de 1992 su colaboración con el proyecto del reactor iraní alegando “razones técnicas”.

No obstante la colaboración nuclear chino-iraní continuó a una escala menor, incluyendo la venta de uranio enriquecido; finalmente la presión estadounidense para proceder a la ratificación del Acuerdo de Cooperación Nuclear Pacífica entre Estados Unidos y China, llevó al gobierno chino a suspender en el año 1997 toda actividad de colaboración nuclear con Irán.

Situación actual

La política exterior china en la actualidad se inspira en la teoría del “ascenso pacífico”, según la cual China aspira a conseguir una posición de liderazgo en el panorama internacional en un sistema internacional basado en la cooperación entre los países, la no ingerencia en las políticas nacionales, y el establecimiento y mantenimiento de un orden internacional articulado en torno a políticas de desarme y colaboración.

Algunos de los aliados de la República Popular China, especialmente en África y en Suramérica, son política y/o económicamente inestables, lo que puede llevar a desequilibrios inesperados en las relaciones exteriores. La idea de que la República Popular China haya proporcionado a Pakistán tecnología para una mayor potencia nuclear puede hacer sus relaciones con Estados Unidos, Gran Bretaña e India más difíciles. La política exterior china de “neutralidad” reconoce el derecho de cada estado a su propio sistema político, considerando las inversiones económicas como algo beneficioso para cualquier estado extranjero con independencia de su política interna.

Mientras que otros países insisten en la necesidad de unos valores e ideales universales, tales como los derechos humanos y la democracia, el desinterés de China por estos aspectos de la política de otros países hace que se responsabilice a la República Popular China de contribuir a mantener en el poder a regímenes represores como el de Zimbabue y a impedir acciones efectivas contra el genocidio en Sudán.

La economía de China depende extraordinariamente de las exportaciones y de las inversiones extranjeras. Estas inversiones y el sector exportador suponen, conjuntamente, alrededor del 80% del PIB nacional. El aumento continuado de las inversiones puede generar a corto plazo excesos de producción y deflaciones, mientras que el aumento de las exportaciones es una fuente casi segura de fricciones comerciales y tendencias proteccionistas.

China ha centrado su estrategia de defensa en la proyección de su potencial marítimo y en el aumento de las opciones de fuerza contra Taiwan, al tiempo que moderniza sus Fuerzas Armadas. No obstante China nunca ha tenido una política

militar expansionista, y parece muy improbable que, por rivalidades estratégicas con sus vecinos, ponga en peligro el crecimiento económico. Respecto de Taiwan, todo parece indicar que se busca mantener el statu quo desde una posición de fuerza.

La crisis de Irán, además de repercusiones para el equilibrio nuclear mundial semejantes a las de la crisis de Corea, tiene además, por todo lo expuesto hasta aquí, implicaciones geopolíticas sin parangón y afecta a Oriente Medio, a Europa y a la región de Asia-Pacífico. Dificultades en el suministro de hidrocarburos a China y a Japón, agravarían su ya tensa relación bilateral.

Un conflicto armado con Irán o un cambio de régimen promovido desde el exterior afectaría a los contratos de Pekín, pero permitiría a China negociar como intermediario dada la dependencia de Estados Unidos del apoyo financiero chino. Sin embargo, a Pekín no le conviene un nuevo compromiso sin salida en Irán de Estados Unidos al estilo de Irak.

Una crisis abierta reforzaría los lazos de Pekín con varias regiones ricas en energía; entre otras, América Latina, donde se haría inevitable la apertura de otro escenario, indefinido aún, de competencia chino-estadounidense. Además, un eventual entrapamiento estadounidense en Irán, como en Irak, no le sirve a Pekín, que debiera ser tomado en cuenta en los asuntos de Oriente Medio.

Pekín está recurriendo al Derecho Internacional para gestionar la crisis iraní, pero para que esto funcione y sirva a la comunidad internacional, su diplomacia debería ser más activa que en su mediación con Corea del Norte: convencer al presidente iraní, Ahmadineyad, de que rebaje el tono de su retórica y empiece a pensar en las perspectivas de mejores bases materiales para los iraníes dentro de una Eurasia más integrada y próspera.

En paralelo conviene tener presente que la prolongación de la situación puede convenir tanto a Irán, a quien permite ganar tiempo (y tal vez algo más en un programa militar nuclear más o menos avanzado) y apoyos internos, como a China que no solo se asegura un suministro privilegiado de energía, sino que consolida su papel internacional de alternativa a Estados Unidos por delante de sus vecinos rivales, la India y Japón.

En esta situación de *impasse* Irán mantiene todas sus opciones de negociar (y vista la experiencia coreana si avanza por la senda nuclear no parece que tenga nada perder) y China no se desgasta. Es más en un hipotético escenario de Irán nuclear, China, dadas sus alianzas y políticas internacionales podría hasta avanzar en su estrategia de “ascenso pacífico”.

En resumen la crisis se mantendrá en la situación actual (es decir sin acuerdo sobre las sanciones) hasta que algún cambio en el escenario internacional (la situación de Estados Unidos en Irak, la obtención de capacidad nuclear de Irán o el desenlace de la crisis de Corea) haga más interesante para Irán plantear otra vez la mesa de negociación.

Medidas de presión sobre los “clientes” de Irán o un hipotético apoyo (¿militar? ¿transferencia de tecnología nuclear “pacífica”?) a sus rivales (y muy especialmente a Egipto, Turquía y Arabia Saudí) tendrían tal vez una capacidad de convicción que, de momento, las ofertas económicas no han alcanzado.

Conclusiones

Irán está decidido a desarrollar armamento nuclear y nada hasta ahora a hecho mella en su propósito. Tal vez sea el momento de prepararse para “el después” y/o iniciar programas de cooperación nuclear con fines pacíficos con otros países de la zona.

Con un Irán nuclear, el escenario regional será completamente distinto para todos, incluyendo aquí a Irak, Afganistán y los dos principales aliados de Estados Unidos en la zona, Turquía e Israel.

En el tablero de Oriente Medio intervienen factores no sólo políticos, sino también religiosos, étnicos y lingüísticos. La pobreza en la que anida el fundamentalismo islámico convive con las mayores reservas de petróleo y gas.

El acoso a Irán reafirma sus señas de identidad nacional. Las posibles sanciones o la confrontación complicarían aún más la situación. No admite discusión de su derecho a la energía nuclear.

No habrá cambios en la postura de Irán hasta que no logre que su interlocutor directo sea el gobierno americano. Sabe que el papel de gendarme mundial que ostentaba Estados Unidos se está deteriorando rápidamente.

Estados Unidos sigue siendo un actor determinante, quizá el único con capacidad para impulsar la resolución política de los conflictos que hay en la región, incluyendo aquí al israelí.

La gran duda reside en saber si Israel aceptará el nuevo escenario geopolítico que se crearía con un Irán con armamento nuclear y no se viera obligado a intervenir mediante ataques limitados, aún sin autorización de Estados Unidos.

Estados Unidos necesita encontrar un modelo de negociación para Oriente Medio que le permita salvaguardar su apoyo a Israel y mejorar su situación en Irak, e incluir a la vez a Siria e Irán. Y sin el apoyo europeo.

Rusia puede ser el “intermediario” para lograr el dialogo y la negociación entre Irán y Estados Unidos, quizás con participación de otros actores activos en la crisis, al menos la Unión Europea.

Rusia tendrá una gran influencia, dada su relación con Teherán, pero tampoco será tan determinante, aún es demasiado débil política y militarmente para frenar el unilatelarismo de Washington.

Rusia está atrapada, no quiere un Irán nuclear, pero desearía continuar apoyando un programa nuclear pacífico, al que ya ha contribuido notablemente. Ve en los recursos energéticos de Irán y en su posible capacidad nuclear una competencia y amenaza para sus áreas de influencia en la zona.

El papel de China en el mundo es cada vez mayor, pero no parece que vaya a condicionar las acciones que se desarrollen en los próximos meses en la zona.

China intentará mantener la situación como está porque contribuye al debilitamiento de Estados Unidos y refuerza su influencia. Un Irán nuclear no la preocupa y es la gran beneficiada de la actual situación de conflicto larvado, que desea se alargue.

Bibliografía

IRAQ AND IRAN: THE YEARS OF CRISIS. Abdulghani, Jasim M., Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1984, ISBN: 0-801825199, [Buy/Reviews](#).

MEN OF ORDER- AUTHORITARIAN MODERNISATION UNDER ATATURK AND REZA SHAH,. Atabaki Touraj and Erik J. Zürcher London, I.B. Tauris, 2003, ISBN: 1-86064-426-0, [Buy/Reviews](#).

EAGLE AND THE LION: THE TRAGEDY OF AMERICAN IRANIAN RELATIONS. Bill, James A. New Haven Ct, Yale University Press, 1989, ISBN: 0-300-044127, [Buy/Reviews](#).

THE MAKING OF MODERN IRAN: STATE AND SOCIETY UNDER RIZA SHAH. Cronin, Stephanie. London, Routledge Curzon, 2003, ISBN: 0-415-30284-6.

THE HISTORY OF IRAN. Daniel, Elton L., NYC, Greenwood Publishing Group, 2000, ISBN: 0-313-30731-8, [Buy/Reviews](#).

THE IRANIAN REVOLUTION: ITS GLOBAL IMPACT. Esposito. John L. (ed.), NYC, Oxford University Press, 2001, ISBN: 0813010179, [Buy/Reviews](#).

THE IRAN-IRAQ WAR: ISLAM EMBATTLED. Grummond, Stephen, Westport, CT, Praeger, 1982.

US FOREIGN POLICY AND THE IRAN HOSTAGE CRISIS. Houghton, David Patrick, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, ISBN: 0-521-80509-0, [Buy/Reviews](#).

THE SHAH AND THE AYATOLLAH: IRANIAN MYTHOLOGY AND ISLAMIC REVOLUTION. Hoveyda, Fereydoun, NYC, Greenwood, 2003, ISBN: 0-275-97858-3.

THE POLITICS OF ISLAMIC REVOLUTION. Hunter, Shireen, Bloomington, Indiana University Press, 1988.

REVOLUTIONARY IRAN: CIVIL SOCIETY AND STATE IN THE MODERNIZATION PROCESS. Kamali, Masoud, Ashgate Publishing Company, 1998, ISBN: 1840144491, [Buy/Reviews](#).

ROOTS OF REVOLUTION. AN INTERPRETATIVE HISTORY OF MODERN IRAN. Keddie N., New Haven, Yale University Press, 1981.

ALL THE SHAH'S MEN: AN AMERICAN COUP AND THE ROOTS OF MIDDLE EAST TERROR. Kinzer, Stephen, NYC, John Wiley & Sons, 2003, ISBN: 0471265179, [Buy/Reviews](#).

IRAN'S PERSIAN GULF POLICY. Marschall-Jones, Christin, London, Routledge Curzon, 2003, ISBN: 0-415-29789-X.

THE IRAN-IRAQ WAR: NEW WEAPONS, OLD CONFLICTS. Tahir-Kheli, Shirin and Shaheen Ayubi (ed.), Westport, CT, Praeger, 1983.

AN INTRODUCTION TO PERSIAN. Thackston, Wheeler McIntosh, Bethesda, Md, Iranbooks, 1993.

IN THE NAME OF GOD: THE KHOMEINI REGIME. Wright, Robin, NYC, Simon and Schuster, 1989.

THE LAST GREAT REVOLUTION: TURMOIL AND TRANSFORMATION IN IRAN. Wright, Robin, NYC, Vintage Books, 2000.

GETTING READY FOR A NUCLEAR-READY IRAN. "Irán gets the bomb - then what? Perkovich, George y Manzano, Silvia. "The nuclear capabilities and ambitions of Iran's neighbours" Bowen, Wyn y Kidd, Joanna. The Strategic Studies Institute. Octubre de 1995.

RUSSIA AND THE IRAN NUCLEAR CRISIS. Arkov, Alexei. Mayo de 2006.

EVOLUCIÓN RECIENTE Y PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA CHINA: UN ANÁLISIS DEL PERIODO 1997-2001 Y DE LAS IMPLICACIONES DEL INGRESO EN LA OMC. Pablo Bustelo. Información Comercial Española. Revista de Economía, marzo de 2002

BOLETÍN DEL OIEA Nº 46/2 Marzo de 2005

MAO, LA HISTORIA DESCONOCIDA (Taurus) Jung Chang, Jon Halliday.

INDIA Y CHINA ¿SOCIOS O ADVERSARIOS? ARI Nº 73/2005 – Análisis. Eva Borreguero, Investigadora visitante, Universidad de Georgetown, Washington DC

LAS RELACIONES ENTRE JAPÓN Y CHINA: ¿PUEDE CONTINUAR LA ENRARECIDA ATMÓSFERA BILATERAL? (ARI 61/2006). Augusto Soto. Profesor del Centro de Estudios Internacionales e Interculturales de la Universidad Autónoma de Barcelona

LA POLÍTICA DE DEFENSA DE CHINA: LOS PLANTEAMIENTOS DEL NUEVO "LIBRO BLANCO" (ARI) ARI Nº 20/2005 – Análisis Pablo Bustelo (7/2/2005)

EI AUGE DE CHINA: ¿AMENAZA O ASCENSO PACÍFICO? (ARI 135/2005) Pablo Bustelo.

CHINA ANTE LA CRISIS IRANÍ (ARI 49/2006) Augusto Soto.

LA REPÚBLICA POPULAR CHINA COMO POTENCIA NUCLEAR. Eugenio Anguiano. Estudios de Asia y África. Vol. XXXVI No. 1. 114. Enero-Abril, 2001. México. El Colegio de México. Centro de Estudios de Asia y África. pp. 129-127.

CHINESE ARMS EXPORTS TO IRAN. Dr. Bates, director of the East Asian Nonproliferation Project, Monterrey Institute of International Studies. Middle East Review of International Affairs, vol. 2, n 2, Mayo de 1998.

CHINA STATISTICAL YEARBOOK 2005. Annual publication of China Statistics Press.

[The Central People's Government of People's Republic of China](#)

[China's Official Gateway for News & Information](#)

<http://www.chinadetail.com/http://www.wikipedia.org>

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

D. FERNANDO LÓPEZ-AMOR Y GARCÍA

Diputado Grupo Popular.

D. RAFAEL JOVER DE MORA FIGUEROA

Embajador.

D. AGUSTÍN AZABAL HUERTOS

General de Brigada. Subdirector de Mantenimiento del Mando de Apoyo Logístico.

DÑA. LUCÍA ESCAPA CASTRO

Subdirectora General del Servicio Técnicos y Telecomunicaciones Ministerio Defensa.

RAFAEL MORENO IZQUIERDO

Director Comunicaciones y Relaciones Institucionales General Dynamics Santa Bárbara.

D. JUAN CARLOS ESCUDERO IZQUIERDO

Dirección Comercial de Programas de Defensa de ITP, S.A.

D. RICARDO ANGOSO GARCÍA

Periodista.